

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO – SEDE ECUADOR**

**ESTUDIOS DEL DESARROLLO Y TERRITORIO
CONVOCATORIA 2008-2009**

**TESINA PARA OBTENER EL TÍTULO DE ESPECIALIZACIÓN
EN DESARROLLO LOCAL Y TERRITORIO**

RUTH GARCÍA GONZÁLEZ

TESINA TITULADA

**ESTUDIO DE LAS RELACIONES DE DOMINACIÓN SIMBÓLICA:
APORTES PARA LOS ESTUDIOS SOBRE RURALIDAD EN LA SIERRA
ECUATORIANA**

QUITO, AGOSTO 2011

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
FLACSO – SEDE ECUADOR**

**ESTUDIOS DEL DESARROLLO Y TERRITORIO
CONVOCATORIA 2008-2009**

**TESINA PARA OBTENER EL TÍTULO DE ESPECIALIZACIÓN
EN DESARROLLO LOCAL Y TERRITORIO**

RUTH GARCÍA GONZÁLEZ

TESINA TITULADA

**ESTUDIO DE LAS RELACIONES DE DOMINACIÓN SIMBÓLICA:
APORTES PARA LOS ESTUDIOS SOBRE RURALIDAD EN LA SIERRA
ECUATORIANA**

ASESORA: LISSET COBA

LECTORA: SUSANA BALAREZO

QUITO, AGOSTO 2011

Índice

Resumen.	5
Introducción.	6
Capítulo I	
Los efectos de las políticas neoliberales en las transformaciones del área rural en el Ecuador y América Latina.	9
1.1 Ruralidad y estudios rurales en Ecuador y América Latina.	9
Capítulo II	
Alternativas ante el proceso de transformación rural.	14
2.1 Alternativa migratoria.	14
2.2 Alternativa de producción no agropecuaria.	16
2.3 Alternativa de permanencia en tierras no aptas para la subsistencia.	21
Capítulo III	
Las relaciones simbólicas.	29
3.1 La dimensión simbólica.	30
3.2 El capital simbólico.	31
3.3 El poder simbólico.	33
3.4 La violencia simbólica.	35
Capítulo IV	
Propuestas y conclusiones.	40
Bibliografía.	46

Resumen

La presente monografía pretende defender una perspectiva de análisis con respecto a los estudios de ruralidad en la sierra ecuatoriana que nos parece pertinente y muy útil para llevar a cabo estudios que desemboquen en políticas públicas (en el amplio sentido del término) que logren mejorar sustancialmente la vida de los habitantes de este territorio. La perspectiva que presentamos se basa en los avances teóricos del sociólogo francés Pierre Bourdieu y se refiere principalmente al concepto de “dominación simbólica”. En el trabajo que presentamos, y para intentar lograr nuestro objetivo, hemos rescatado algunos aspectos de las actuales teorías sobre la ruralidad en Ecuador y Latinoamérica, para, por un lado hacer un pequeño balance de estas, y por otro, mostrar lo que a nuestro entender articula la realidad rural de la sierra ecuatoriana desde hace por lo menos dos décadas: las transformaciones que la políticas neoliberales de producción han llevado a cabo en nuestro lugar de interés. Junto con esto, hemos explicado las concepciones de Bourdieu sobre la dimensión, el poder, la violencia y la dominación simbólica, y hemos mostrado de qué manera creemos deben enfocarse estudios que quieran seguir esta línea de análisis.

Introducción

El tema de nuestro estudio nace de la siguiente constatación: una mayoría de las teorías del desarrollo rural que predominan en la región no han tenido resultado visible para solventar la situación de pobreza en el área rural de Ecuador. Esto se debe, según nuestro punto de vista, a que estas teorías parten o se aplican desde una perspectiva principalmente economicista, y aunque se fundamentan en prácticas rurales legítimas, no logran modificar sustancialmente la situación precaria del ámbito rural.

La presente monografía pretende defender la pertinencia de una perspectiva alternativa de análisis para los estudios sobre ruralidad a partir de los planteamientos del sociólogo francés Pierre Bourdieu acerca del *capital y la dominación simbólica*, y la importancia que tienen dentro de la organización del espacio social. Nos centrarnos en esta perspectiva de análisis no sólo por su pertinencia teórica, sino porque el mismo hecho de la dominación (de las bananeras, de las minas de plata, de los lavaderos de oro, las haciendas o la caña de azúcar) está inscrito en el *habitus* de las relaciones rurales latinoamericanas. Siguiendo a Bourdieu, pensamos que estas relaciones de dominación lejos de desaparecer se han hecho más eficaces en la misma medida que se han hecho más sutiles, trasladando su campo de poder al de las relaciones simbólicas.

Aunque mostrar las ventajas que esta perspectiva puede comportar dentro de los estudios actuales sea parte misma del trabajo, creemos desde un principio que pueden entenderse y reinterpretarse de manera más completa muchos fenómenos tan actuales como la migración, la producción no agropecuaria o las nuevas formas de organización, fenómenos acaecidos principalmente dentro del proceso de neoliberalización de las formas de producción del campo ecuatoriano. Por esto nuestra propuesta no intenta solventar una teoría global que intente dar una explicación completa de los fenómenos que acaecen en el mundo rural ecuatoriano ni latinoamericano sino que pretende mostrar una perspectiva que, por ser relacional, abre nuevos matices y nos presenta fenómenos que antes no estaban del todo iluminados.

El objetivo principal del trabajo que queremos realizar es el de mostrar la pertinencia de ahondar en esta perspectiva de análisis, de la “dominación simbólica”, dentro de los estudios rurales tanto para el caso concreto de la sierra ecuatoriana como para América Latina.

Para desarrollar este objetivo principal creemos pertinente el lograr los siguientes objetivos específicos a lo largo del trabajo, que se irán desarrollando de forma más o menos ordenada en los capítulos y la conclusión de este.

En primer lugar debemos ofrecer un pequeño “estado del arte” de los estudios rurales en Ecuador y América Latina. Pero este estado del arte no lo presentaremos como una crítica sistemática al trabajo científico realizado hasta ahora con el ánimo de desecharlo y así tener “un punto de partida firme” o una “tabula rasa”. Por el contrario, nos serviremos de este con la doble función de situarnos en el contexto académico al que pretendemos hacer un aporte por un lado, asumiendo por otro, los avances y claridades de estos mostrando las circunstancias sociales, culturales e históricas del área rural de la Sierra ecuatoriana.¹ Hemos comenzado por exponer cuáles han sido las características del modelo de economía neoliberal que se ha impuesto en el Ecuador en las últimas décadas y los efectos que éste ha tenido a nivel global para América Latina.

En segundo lugar, y para pormenorizar la situación actual de los campesinos en la zona andina ecuatoriana, hemos creído pertinente el preguntarnos cuáles son las alternativas que poseen los actores sociales ante la situación de desestructuración del área rural, y hemos barajado tres posibles respuestas: por un lado una alternativa migratoria, por otro lado, una posibilidad de sub-empleo en cualquiera de las muchas alternativas de producción no agropecuarias y, en tercer lugar, y en este punto nos hemos detenido con más detalle, una alternativa que consiste en subsistir del trabajo de la tierra en la misma comunidad.

En un tercer lugar, necesitaremos entrar de lleno en las principales aportaciones teóricas que ha hecho Pierre Bourdieu con respecto al capital simbólico. Analizaremos el concepto de capital desde dos diferentes perspectivas: desde la economía (como relación social de producción) y como noción sociológica del término (como forma de “patrimonio”). El capital, según Bourdieu no puede ser entendido si no es a través de un esquema relacional, entendiendo que lo real es siempre relacional, así como ocurre con el capital simbólico (Bourdieu, 1999). Entenderemos esta forma de capital como una relación, como una manera de empoderamiento de un grupo social. En esta perspectiva, la defensa bourdieana del capital desde una perspectiva más allá de lo económico será

¹ Desde ya asumimos como un defecto de este trabajo la ausencia de aportes a los que no hayamos podido tener acceso, ya sea por desconocimiento o por falta de tiempo o espacio en la investigación. Este defecto esperamos subsanarlo con los aportes que nos puedan hacer los lectores de este trabajo.

sustentada sobre la revisión de las formas de capital: capital social, capital económico, capital cultural y por último, capital simbólico. Para nuestro trabajo, nos interesaremos en especial en la dimensión simbólica, en donde funciona el capital simbólico y en donde se puede hablar de poder y violencia simbólicas.

Finalmente mostraremos las ventajas y aportaciones que esta nueva perspectiva tiene dentro de los estudios rurales, proporcionando por una parte algunos ejemplos o líneas de investigación y por otra proponiendo una metodología acorde con estos planteamientos para futuros estudios de caso.

Este trabajo pretende ser un análisis teórico que ofrece a su vez algunas líneas novedosas de investigación de casos particulares dentro de los estudios rurales, por lo que la principal metodología a utilizar será la de la consulta y discusión bibliográfica. Es por esto que, tanto los datos como las proposiciones que aportaremos y discutiremos dentro del trabajo, vendrán principalmente de los textos científicos que se expondrán a lo largo del trabajo y que se recogen en la bibliografía.

Capítulo I

Los efectos de las políticas neoliberales en la transformación del área rural en el Ecuador y América Latina.

1.1 Ruralidad y estudios rurales en Ecuador y América Latina.

Nuestro punto de partida será hacer un breve diagnóstico de la situación actual del área rural no sólo en el Ecuador, sino también en América Latina como referente regional. Como hemos mencionado en la introducción, para llevar a cabo este análisis hemos considerado oportuno hacer una revisión de la literatura acerca del desarrollo rural y las teorías en las que esta perspectiva se basa para hacer sus propuestas. Aunque algunos autores hayan augurado un desinterés creciente de los estudios rurales, no sólo en Ecuador, sino en toda América Latina, lo cierto es que aún hoy el tema de ruralidad en la región está en vigor y el debate continúa albergando nuevos puntos de vista.

En líneas generales, han existido tres perspectivas de análisis, dos de las cuales han tenido una orientación fuertemente ideologizada: por un lado existe una postura marxista que hace referencia a ciertas tesis románticas sobre la comuna rusa, que son aplicadas al pensamiento de lo rural en América Latina; por otro, se mantienen tesis continuistas o panandinistas que abogan por la defensa de una naturalidad y conservación del estado de autosuficiencia de las comunidades. Según Martínez, existen también planteamientos por parte de las teorías desestructuralistas que tratan de clarificar las evidentes transformaciones sociales que han tenido lugar a lo largo del tiempo en las comunidades ecuatorianas de la Sierra (Martínez, 2002).

Dentro de estas últimas tesis, existen a su vez varias perspectivas de análisis, o dicho de otra forma, nuevas maneras de enfrentar el tema de la ruralidad; por un lado surgen alternativas que proponen una adaptación de los pueblos a una nueva forma de economía “irremediable”, es decir, plantean que las comunidades deben incorporarse al mercado global y competir con el resto de potencias en el sistema; otra alternativa sin embargo, teniendo en cuenta la desigualdad de condiciones para competir en un sistema de mercados mundial, es abogar por un desarrollo endógeno: estas son las propuestas que se están llevando a cabo mayormente desde algunos estudios de desarrollo rural. (Kay, 2007). Esta última perspectiva, que ha sido denominada como la “nueva

ruralidad” nace en el contexto de la década de los noventa, momento en donde se empieza a imponer un modelo económico y de desarrollo para toda América Latina.

Este concepto de “desarrollo” se basó, y se basa exclusivamente en el crecimiento económico, que, según los planteamientos neoliberales, traería un aumento generalizado de la prosperidad en las comunidades que se caracterizaban por tener ingresos bajos. Las recetas del programa económico que EEUU impulsaba para la integración al mercado de todos los países latinoamericanos, a cambio de generar una fuerte deuda externa, se concretizó a lo largo de la década de los noventa bajo el nombre de “Consenso de Washington” (Lechini, 2008).

En base a esta perspectiva se configuraron una serie de instituciones con el fin de mantener y defender el orden establecido, introduciéndose, principalmente a partir de la década de los noventa, políticas neoliberales de privatización, comercialización y globalización, que, entre otras cosas, abrían la puerta a la inversión extranjera y proponían la reducción del control de los mercados por parte de los gobiernos. Esta liberalización del mercado trajo beneficios y oportunidades para los grupos económicamente más poderosos, como por ejemplo, las corporaciones multinacionales, mientras que los grupos más vulnerables (los agricultores, los pueblos indígenas o las mujeres) sufrieron un aumento en sus niveles de miseria.

Aspectos como la esperanza de vida, la mortalidad infantil, o la alfabetización sufrieron un retroceso considerable: el PIB per cápita en América Latina creció un 75% de 1960 a 1980, mientras que, en la década siguiente, aumentó solamente en un 6%. Cada uno de los países de la región refleja estas cifras tan preocupantes, que para el caso del Ecuador, se traducen en una caída de un 0,9% para el período de 1980 a 1985, y para fines de la década de los noventa, con el efecto de la dolarización y la crisis económica a nivel nacional, esta cifra se situó en un 11,2% negativo (Lefeber, 2008).

Estas políticas se traducen en muchos efectos negativos generalizados, como por ejemplo, la pérdida de oportunidades de empleo, la migración cada vez más fuerte al área urbana (que, sin embargo, no aumenta su demanda de trabajo), la disminución de la capacidad de los sindicatos para defender el nivel de los salarios debido al fuerte cambio en las estructuras de poder económico o la mercantilización de procesos de salud y agricultura básicos. Ante estos efectos, los gobiernos tomaron medidas muy polarizadas: algunos países optaron por la industrialización mediante la sustitución de importaciones,

a través de fuertes políticas proteccionistas de Estado; otros países se entregaron de manera completa al libre mercado y la inversión extranjera sin imponer ninguna medida arancelaria, por ejemplo en el área de la agricultura, lo que produjo que países como México, se volvieran dependientes de las importaciones de granos lo que aumentó considerablemente el precio de los bienes alimenticios básicos. Algunos autores como Louis Lefebvre proponen una alternativa basada en un sistema generalizado de aranceles no discriminatorios o de una protección selectiva en la economía que albergue al menos a los pequeños productores y los artesanos. (Lefebvre, 2008: 56).

Es muy importante, antes de adentrarnos de manera más profunda en este trabajo, revisar y cuestionarse algunas teorías sobre el desarrollo en las que se basan las políticas económicas a día de hoy en América Latina. Algunos planteamientos más novedosos traídos de la mano de las teorías del desarrollo desde lo local ponen de relevancia la importancia de los procesos de cooperación para la redistribución de los ingresos tanto a nivel nacional como internacional; estas teorías resaltan la manera en que las ONGs, han contribuido al cambio en la percepción de los niveles de pobreza y de qué modo esto ha facilitado la actuación de programas y proyectos de organizaciones de ayuda humanitaria. Como alivio a la situación de pobreza, se plantean, por ejemplo, inversiones en educación, proyectos urbanos y oportunidades para el auto-empleo. (Lefebvre, 2008, 46).

A partir de los fenómenos de globalización, neoliberalismo y flexibilidad de los mercados en América Latina, surgen durante los años noventa, numerosos estudios sobre la llamada “nueva ruralidad”. Con estos estudios se pretendía avanzar y ampliar el ámbito rural más allá de lo agrario ya que habían ido incorporándose nuevas funciones en el ámbito de lo rural y además había aumentado significativamente el contacto entre el área rural y el área urbana, algo que traía de la mano numerosos cambios de las prácticas en el campo. Estos estudios no suponían una nueva teoría pero, sí suponían un cambio en la visión y en el estudio de lo que significaba lo rural (Kay, 2007: 32).

Durante los años ochenta, muchos hogares campesinos ecuatorianos empezaron, a involucrarse en trabajos no agrarios (y generalmente con un sueldo precario a cambio), como por ejemplo, trabajos artesanales, manufacturas, obras de construcción y otros trabajos asalariados, de manera que se diversificó la actividad en las familias. Sin embargo, para algunos autores, esto no suponía una novedad en los estudios rurales, ya

que estos fenómenos se habían dado ya durante años como producto de la globalización y no suponían nada nuevo bajo el sol.²

Estas teorías sobre la “nueva ruralidad” critican en muchos casos a las ONGs y a los gobiernos porque priorizan (en el diseño de sus políticas públicas) las actividades agropecuarias, mientras que, según ellos, deberían incidir en la ayuda para las nuevas actividades que se vienen desarrollando. Kay plantea este hecho como una paradoja en el sentido de que, si los campesinos empiezan a participar en actividades no agropecuarias, es porque no tienen los recursos suficientes para que las actividades tradicionales les proporcionen cierta calidad de vida, por lo tanto este nuevo enfoque estaría de alguna manera reproduciendo los intereses y las estructuras del pensamiento neoliberal, al querer promocionar la pluriactividad, sin cambiar primero el contexto en el que se viene produciendo (Kay, 2007: 33).

No obstante existe otra vertiente dentro del pensamiento de la nueva ruralidad, que plantea un mayor cuestionamiento de las dinámicas neoliberales y, sin negar la importancia de las actividades no agropecuarias, promueve incentivos para la mejora de los productos agrícolas, promocionando, por ejemplo, redes entre mercados locales, o actividades formativas para la mejora de las actividades de cultivo, en definitiva, un modelo alternativo basado en iniciativas locales y una mayor autogestión de las comunidades que nunca podrá darse sin una reforma agraria que sea efectiva y real.³

Además, existen dos fenómenos diferentes respecto a la pluriactividad dentro de las comunidades. Por un lado, para los campesinos con mayores recursos productivos y mayor nivel educativo resulta más fácil el incorporarse a otras actividades productivas alternativas, de manera que acceden a una mayor calidad de empleo y un mayor salario, sin embargo el caso no es el mismo para los campesinos más pobres, que rara vez lograrán esta oportunidad de ascenso mediante las actividades productivas y comerciales no agropecuarias (Kay, 2007: 34). Esto da cuenta de que la economía

² Algunos autores como Sergio Gómez, se cuestionan acerca de qué tan nueva es la ruralidad planteada por este tipo de estudios; véase: Gómez, Sergio (2002). *La “Nueva ruralidad”: ¿Qué tan nueva?*, Santiago de Chile, LOM Ediciones. Y Gómez, Sergio; “Dilemas de la sociología rural frente a la agricultura y el mundo rural en la América Latina de hoy”, (1992). *Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, nº 1, Valdivia, Chile, Universidad Austral de Chile: 75-87.

³ Para profundizar sobre esta vertiente de la nueva ruralidad (fuertemente inspirada en la literatura sobre el movimiento zapatista en Chiapas, México) consúltese: Barkin, D. (2001). “La nueva ruralidad y la globalización” en: Pérez, Edelmira y Farah, María Adelaida (eds.); *La Nueva Ruralidad en América Latina (2001)* Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

neoliberal está generando, en palabras de Kay, una agricultura “a dos velocidades” que aumenta la brecha entre los campesinos y los productores capitalistas. (Kay, 2007: 33).

Capítulo II

Alternativas ante el proceso de transformación rural.

Ante la contraproducente incidencia de las políticas neoliberales en el área rural del Ecuador, los individuos deben valorar sus posibilidades de acción y tomar una decisión ante la situación de crisis: pueden tratar de subsistir en tierras que no son aptas para el cultivo o, por el contrario, pueden resignarse e incorporarse a los procesos productivos no agropecuarios. Existe a su vez una tercera alternativa en la migración (ya sea a una ciudad cercana, al extranjero o a una ciudad cercana como puente al extranjero) buscando posibilidades de empleo y bienestar que no ofrece el lugar propio.

No obstante, desde los estudios de desarrollo local se ha promovido una cuarta alternativa como impulso al desarrollo rural a través de la progresiva generación de ingresos en agricultura, un incentivo de mejora de los servicios locales, o el apoyo para la configuración de industrias asociadas a nivel rural (sin embargo, como decíamos, generalmente los servicios son proporcionados por agentes externos como ONGs o fundaciones, lo que produce una autopercepción de incapacidad para la acción y toma de decisiones y una deuda adquirida por parte de los beneficiarios).(Lefebvre, 2008). Esto necesitaría implicación directa del gobierno, implicación que no existe, sobre todo porque son lugares donde cultural y territorialmente el Estado no tiene presencia (cultural en cuanto a la “obligatoriedad” o “vincularidad” de las acciones del Estado, y práctico en los “beneficios” del Estado, ya sea en servicios básicos, seguridad, etc.).

2.1. Alternativa migratoria.

El aumento de la migración en pueblos y comunidades del Ecuador se ha incrementado destacablemente a partir los procesos de dolarización que tuvieron lugar en el año 2000, estos procesos colocaron a campesinos sin recursos, con bajos salarios y altos costos de producción en un mercado de libre competencia con el resto de la región. Ante este fenómeno, el capital humano decreció muy significativamente, debido a que sólo se quedaban en las comunidades los ancianos y los niños, mientras que la población en edad activa salía a buscar nuevas fuentes de ingreso (Martínez, 2005: 147).

Los patrones culturales, los niveles organizativos y la ocupación, se están transformando de manera acelerada con la expulsión de mano de obra al mercado global y no sólo eso, sino que se están dando fuertes crisis de identidad social y transformaciones en los modelos de reproducción familiar, mientras que “lo global” sigue llamando a la mano de obra barata, imprimiendo en la conciencia colectiva de las comunidades que la migración significa una ampliación de posibilidades y una medida alternativa ante el sistema pero con las estrategias del sistema.

El aumento del minifundismo en el Ecuador rural hace al país uno de los más desiguales de la región; basta saber que los campesinos que poseen menos de una hectárea para su producción representan un 30% del total (según el Censo Agropecuario del año 2001) ⁴ (Martínez, 2005: 148) Por ello, las tasas de migración aumentan cada vez más y se diversifican los destinos y las tendencias; según un estudio del INEC, para el año 2003, la edad de los migrantes se encuentra entre los 20 y los 39 años, aumentando significativamente el número de mujeres migrantes, de migrantes indígenas y de migrantes provenientes de la Costa (Anuario de entradas y salidas internacionales, 2003)

No existen estudios lo suficientemente actualizados como para hacer un diagnóstico del impacto de la migración en el área rural, pero se ha comprobado que la población emigrante rural masculina de la Sierra supera a la población emigrante urbana masculina (el fenómeno es inverso para el caso de las mujeres, es decir, migran más las mujeres de la ciudad que las mujeres del campo). Las provincias del Azuay, Cañar y Loja, son las que más mano de obra rural han expulsado, sin embargo, no todos los migrantes dependían de la producción agropecuaria, sino que, la ocupación estaba bastante diversificada: casi un 40% de los migrantes trabajaban en actividades agropecuarias, mientras que el 66.2% de los migrantes se dedicaba a la producción no agropecuaria, de esta última cifra, el 18,1% se dedicaba al sector servicios, un 12,6% a la artesanía, un 10,1% al comercio y un 7,7% a la construcción (Martínez, 2005: 152)

Según estas cifras podemos entender que, al existir mayor población no agrícola en la Sierra sur, existían más posibilidades de desvinculación con el medio local, debido a que los vínculos con la tierra cada vez eran menos. Al mismo tiempo, la inserción en el lugar de destino tampoco era agrícola en su mayoría; un 86,6% de los migrantes en el

⁴ A principios de los ochenta, el Ecuador se situaba en un 0,85 según el Índice de Gini.

exterior se dedica a la producción no agropecuaria, de este 86,6% un 30,7% se dedica a los servicios, un 15,8% a la construcción, un 14,7% a la industria y la artesanía, un 9,1% se dedica a la hostelería y un 4,8% al comercio, mientras que sólo un 13.4% de la población migrante consiguió incorporarse a las actividades agropecuarias (Martínez, 2005: 153).

Otro efecto que tiene la migración masiva es el proceso de “descapitalización cultural”; al migrar los dirigentes jóvenes de la comunidad se pierde un importante capital humano que es el resultado de años de formación y capacitación; así pues, nos dice Martínez:

[...] un capital social que se había construido laboriosamente a lo largo de 20 años, ha entrado en crisis en menos de 2 años debido, principalmente, a factores económicos externos a la organización y, sobre todo, a los nefastos efectos de las políticas neoliberales y la falta de políticas agrarias dirigidas a los campesinos (Martínez, 2005: 159).

Paralelamente, el mercado ha pretendido demostrar que los campesinos de las comunidades de la Sierra no eran competitivos si no era dentro del mercado global, mientras que, para el caso del Ecuador, la escasez de la mano de obra a nivel local tiende a ser reemplazada por mano de obra barata proveniente de las áreas nacionales de más pobreza o de Perú y Colombia. En definitiva, la migración internacional ha destruido la circulación interna de mano de obra y ha introducido más precariedad y flexibilidad en el orden laboral y mientras que no se mejore el empleo rural, el flujo migratorio puede ser imparable (Martínez, 2005: 153).

Los esfuerzos que se están realizando desde lo local reflejan en cierta medida que existen alternativas ante el proceso migratorio, sin embargo, están limitadas por las directrices de la lógica comercial mundial que promueve el Estado. En este punto y bajo estas circunstancias, cabría preguntarse seriamente dónde ubicaremos en un futuro próximo a la masa de excampesinos que no absorbe el mercado interno ni los países receptores debido a las fuertes y restrictivas leyes de extranjería (Martínez, 2005: 167).

2.2. Alternativa de producción no agropecuaria.

El futuro de los campesinos productores a pequeña escala se puso en jaque con las políticas estructurales y neoliberales a partir de los años ochenta y muchos de ellos tomaron la decisión de migrar; sin embargo, la población más pobre no tiene la posibilidad de reunir las características económicas y familiares que exige el viaje para salir a trabajar fuera de la comunidad o fuera del país, por ello muchos campesinos se incorporaron a actividades productivas no agropecuarias como alternativa de supervivencia ante la crisis rural.⁵

Desde antes de la década de los noventa, y en concordancia con la transformación basada en la lógica espacial capitalista, los territorios rurales empiezan a desempeñar funciones diferentes a la obtención de materias primas en agricultura. Las políticas de ajuste efectuadas durante los años ochenta en la región andina tuvieron mucha más fuerza en los países con gobiernos militares; este no fue el caso del Ecuador, donde el proceso de reforma fue tardío y bajo gobiernos civiles, por ello tuvo que enfrentar una fuerte resistencia social que, sobre todo, reclamaba una ayuda complementaria para el sector agrícola por parte del Estado ya que el mercado por sí solo no podía proveer de determinados recursos (por ejemplo el acceso a un crédito) a los pequeños y medianos campesinos. Sólo los campesinos que diversificaron su producción o que practicaron actividades de producción no agrícola lograron mantener su nivel de ingresos. (Martínez, 2008: 107)

En los últimos años, el campo en el Ecuador comenzó progresivamente a representar no sólo la fuente de materias primas y de mano de obra, sino:

[...] un potencial espacio de ubicación de industrias y de ciertos servicios, de actividades ligadas al turismo y el ocio y, sobre todo, como espacio residencial en áreas próximas e influenciadas por los grandes centros urbanos del país (García, 2007: 90).

Si bien, es cierto, este espacio generó actividades no agropecuarias que ofrecieron una alternativa a la migración para un gran número de campesinos, sin embargo, muchos de ellos tuvieron que pagar esta posibilidad con precariedad y flexibilidad laboral (Korovin, 2003: 143-157).

⁵ Según el censo del año 2001 (INEC), la población rural en el Ecuador representaba el 40% del total del país (casi cinco millones de personas). La pauperización de estas zonas rurales fue creciendo desmesuradamente durante los años noventa, sobre todo en el caso de los productores campesinos indígenas, véase que para 1998 el 82% de la población rural era pobre. (Larrea y Sánchez, 2002)

Ante esta situación, las nuevas leyes de agricultura inciden en la creación de mercados más eficientes estableciendo regímenes de derecho y propiedad de tierras, sin embargo, estas nuevas medidas no tienen en cuenta la incapacidad de los pequeños productores para recibir créditos y tierras a través del mercado.⁶ Los programas de ajuste neoliberal provocan un cambio en el uso del suelo y un capital extra-agrario en el campo que, principalmente, es representado por mano de obra femenina en mercados laborales locales conectados con la lógica global. Esto significa la mitad de un proceso de “doble feminización” de la agricultura:

[...] emergió un proceso de “doble feminización” en la agricultura en toda la región andina, así como en el resto de América Latina: es decir, las mujeres llegaron a participar crecientemente, tanto en la agricultura campesina como en el trabajo agrícola asalariado temporal. (Martínez, 2008.110).

Algunos analistas afirman que la flexibilidad desmesurada es un costo que un país tiene que pagar en las primeras etapas de crecimiento económico, y que, esta situación tiende a mejorar con el paso del tiempo. Sin embargo, los estándares de trabajo corren un grave peligro con esta situación, debido a que existe una desintegración entre el Estado y los sindicatos, vacío que cubren cada vez más las empresas y las ONGs (Korovkin, 2007: 15-30).

La reubicación de muchas empresas de los países “desarrollados” en América Latina supuso una alternativa para empresarios y trabajadores: por una parte, los empresarios obtenían beneficios económicos mediante la liberación en el pago de impuestos o el ahorro en remuneración de la mano de obra, mientras que los trabajadores encontraban una fuente alternativa de ingresos en un rubro ajeno a la producción agrícola en crisis. Además, en muchas ocasiones, se argumenta que el capital extranjero supone una base fundamental para la obtención de ganancias, y que en los países en los que hay pobreza generalizada siempre será mejor que existan trabajos precarios a que no existan en ninguna de sus formas.

⁶ En la última década, tras fuertes protestas debido al descontento con las resoluciones del nuevo reglamento (tras las reformas agrarias en el país), muchas organizaciones indígenas reclamaron una revisión de los borradores de la legislación; sin embargo, las organizaciones de terratenientes ejercieron una fuerte influencia para que el resultado final pareciera un consenso por parte de todos los grupos. (Martínez, 2008: 109)

A parte de los derechos básicos de los trabajadores, la OIT estableció en el año 1998 cuatro áreas fundamentales en materia de derechos laborales: en primer lugar, la libertad de asociación y sindicalismo; en segundo lugar, la abolición del trabajo forzoso u obligatorio; en tercer lugar, la eliminación del trabajo infantil y en cuarto lugar, la eliminación de la discriminación en materia de empleo. Éstos estándares no han sido tenidos en cuenta por muchos gobiernos de los países de América Latina, como por ejemplo, el Ecuador, ya que este tipo de proteccionismo se encuentra implícito en la globalización económica, por lo tanto, se conjugan los intereses del mercado con la baja participación del Estado en temas sociales, a lo que hay que añadir la transformación de las legislaciones durante la década de los noventa, que favorecía el libre mercado y la libre competencia.⁷ (Korovkin, 2007).

Ante este vacío de responsabilidad estatal, muchas ONGs tomaron partido al respecto, por ejemplo, incorporando iniciativas de etiquetado que reflejaran ciertos códigos de conducta. Sin embargo, en muchas ocasiones, estos códigos de conducta no se reflejan en un cambio en las prácticas laborales y generalmente son elaborados y aprobados sin la participación de los trabajadores en los procedimientos de diseño.

La industria florícola en la región andina del Ecuador (junto con la industria de fabricación de ladrillos, o la bananera en la región Costa) es el ejemplo más claro de reubicación empresarial en América Latina. Hemos querido tomar este ejemplo para explicar cuál es la situación de los trabajadores y las trabajadoras (excampesinos) que las empresas florícolas del Ecuador absorben como mano de obra barata.

En primer lugar, este tipo de empresas facilitan la desorganización de los trabajadores mediante contratos definidos, lo que impide la organización sindical, entre otras cosas llevada a cabo para exigir un control en la utilización de pesticidas, o para pedir permiso por maternidad.⁸

Es común que las mujeres estén expuestas a este tipo de productos durante el embarazo, ya que no existe una ley lo suficientemente fuerte que proteja a las

⁷ Esta nueva legislación favorecía, entre otras cosas, la disminución de contratos indefinidos, facilitaba la contratación de gente joven mediante “contratos de aprendizaje” que eran compensados con menos de la mitad del salario convencional, desregulaba la duración de las jornadas laborales y reducía el control de las compensaciones por despido injusto de trabajadores.

⁸ Muchos estudios demuestran las altas tasas de “colinesterasa” que fueron detectadas en los trabajadores de las empresas florícolas. Esta sustancia provoca, entre otras cosas, abortos, infertilidad, enfermedades degenerativas y deformaciones congénitas. Véase: Guarín, J.V; *Diagnóstico de las condiciones de trabajo y salud en las empresas que comercializan y utilizan plaguicidas en el área de competencia del hospital de engativa*. (1999) Santafé de Bogotá, Fondo Financiero Distrital de Salud.

trabajadoras frente este tipo de abusos y que les otorgue el derecho de inactividad laboral durante el período de embarazo. A esto hay que añadirle los repetidos actos de violencia y abusos que sufren las trabajadoras por ser mujeres; además, este tipo de leyes irrespetan las tareas reproductivas que tiene la mujer (como el cuidado de los hijos, o enfermos familiares) ya que tienen que desempeñar jornadas de hasta quince horas laborales, sin el respaldo de ningún tipo de servicio social, lo que implica que son las hijas menores las que se ocupan del cuidado de la casa y de los hijos menores (Korovkin, 2007: 20).

Los códigos de conducta, el apoyo de las ONGs a los sindicatos, los programas enfocados al desarrollo sustentable, y las modificaciones en el Código Laboral colombiano convirtieron a Ecuador en su primer competidor (en cuanto a la producción florícola). A parte de las políticas neoliberales del Ecuador, existen otras facilidades para el desarrollo tardío de la industria florícola en el país: el salario mínimo en el Ecuador entre 1990 y 1994 era un 25% menos que el salario mínimo en Colombia, además el cumplimiento de las leyes en el Ecuador era muy bajo y el sindicalismo sólo había prosperado en la región Costa, pero no en la región Sierra, donde las demandas de las organizaciones comunitarias tenían que ver con políticas de acceso a la tierra y derechos culturales, mientras que los asuntos laborales no eran tenidos en cuenta.⁹

El acceso a los trabajos en la agroindustria no significa en ningún caso, como podría verse, una iniciativa para la equidad de género, solamente incentiva el abandono de las tareas de reproducción, debilita los roles de la mujer en la sociedad civil local y desestructura fuertes valores que caracterizan a la comunidad indígena, por ejemplo, priorizando la eficiencia y la disciplina individual (mediante el sistema de productividad individual), frente a la tradición cooperativa indígena.

Muchas de las empresas que se promocionaron como alivio para la pobreza rural y como generadoras de empleo, sólo resultaron ser un agravante de la precarización de los campesinos ya que durante el tiempo de auge de este tipo de empresas, nunca se mejoraron los estándares laborales y, gracias a la creciente flexibilidad laboral global, este tipo de empresas puede sustituir a personal ecuatoriano excampesino por trabajadores refugiados colombianos que, debido a la amenaza de la repatriación y a la

⁹ “[...] en el 2005, sólo 4 de las más de 400 haciendas florícolas del Ecuador tenían sindicatos.” (Korovkin, 2007: 24)

necesidad imperiosa de trabajar, aceptan ocupar esos puestos de trabajo bajo las condiciones humanas que sea.

2.3. Alternativa de permanencia en tierras no aptas para la subsistencia.

2.3.1. Antecedentes y contexto latinoamericano de la precariedad de las tierras campesinas.

Frente a la migración, el empleo en empresas agroindustriales o la producción no agropecuaria, existe todavía una gran población que decide continuar y sobrevivir sobre la base de una agricultura comunitaria y familiar. Estos campesinos han ido configurando una serie de estrategias adaptativas que se han complejizado e intensificado con el tiempo:

[...] cabe destacar la reorientación de cultivos y ganados, un creciente uso de insumos industriales y de recursos tecnológicos –si se puede conseguir financiación-, el asociarse en pequeñas cooperativas y/o integrarse en movimientos sociales organizados de amplia base, el establecer vínculos con ONGs y agencias internacionales de desarrollo para captar recursos o tecnología, el trabajar en sectores económicos para diversificar las fuentes de ingresos, o la emigración a la ciudad o al extranjero como un mecanismo de generación de capital vía exportación de “mano de obra”. Sin embargo, más allá de esas estrategias, y más allá de los discursos oficiales, la tozuda realidad es que para el sector agrario del Ecuador la globalización neoliberal supone –está suponiendo ya- muchas más incertidumbres que potencialidades (hay muchos más perdedores que ganadores) (García, 2006: 87)

Estas incertidumbres suponen siempre, para el profesor García, una serie de posibles riesgos que los moradores de las comunidades de la Sierra tienen que enfrentar. Ante estos posibles riesgos se han propuesto una serie de alternativas que podemos clasificar en tres grupos: por un lado, aquellas alternativas que se derivan de una política agraria consensuada a nivel nacional, por otra parte, las propuestas que tienen que ver con un proceso de integración regional eficaz y en tercer lugar, una serie de propuestas sobre planificación y ordenamiento territorial en el Ecuador (García, 2006: 87-88).

Entendemos por política agraria, una serie de acciones estatales que tienen como fin disminuir las desigualdades en las estructuras agrarias y en la distribución de los

medios de producción y a esto hay que añadirle un control de precios y de calidad, una promoción responsable de los productos y un sustento de las rentas del campesinado. En cuanto al proceso de integración regional, destacamos la importancia de su eficacia porque debe ir más allá que los tratados de libre comercio o la “Comunidad Andina”, integrando como parte principal de su sentido al sector agrario debido al papel principal que éste tiene en la economía del Ecuador y del sector andino. En cuanto a planificación y ordenamiento territorial, el objetivo es que se disminuyan los desequilibrios socioeconómicos entre los territorios (García, 2006: 87-88).

Según como se considere, estas incertidumbres pueden ser los riesgos o los objetivos para la población campesina del Ecuador y también, a nivel regional, para América Latina. En la última década, el dinamismo de los pequeños y menos capitalizados productores es más bajo que en décadas anteriores; las importaciones crecen mucho más rápido que las exportaciones y los niveles de pobreza y migración casi son inamovibles.¹⁰ Para frenar esta trayectoria, la CEPAL propone cuatro bases de acción: por un lado, llevar a cabo una política macroeconómica que garantice una tasa de cambio competitiva, por otro lado una política sectorial activa que complemente los vacíos dejados por el sector privado, en tercer lugar, una mejora de la inserción campesina en el plano productivo y por último, una serie de acciones que estén encaminadas concretamente a superar la pobreza (García, 2006: xvi)

Las teorías clásicas del desarrollo proponen una “complementariedad sectorial” y no un “efecto sustitución” entre el desarrollo industrial y el desarrollo agropecuario; se pensó que el desarrollo industrial era un canal a través del que transmitir progreso técnico al área rural en pro de la agricultura. En este sentido, desde los años cincuenta, hasta los ochenta, empezaron a surgir instituciones para promocionar crédito, se empezó a difundir y adaptar tecnología y se agregaron productos no tradicionales a la exportación (como la soya o las flores); sin embargo, nunca se tuvo en cuenta una dimensión medioambiental en estas iniciativas para la complementariedad sectorial. (García, 2006: 4)

El desarrollo agropecuario fue destacable en aquel momento, sin embargo, se produjo de manera muy dispar entre los distintos países de la región: por ejemplo, países como Brasil, Colombia y Venezuela tuvieron un crecimiento agrícola muy

¹⁰ Según la FAO, el ritmo de crecimiento de las importaciones fue de un 9,4% entre 1990 y 1998, frente a un 5,6% en el crecimiento de las exportaciones (De A. David, 2001: 13-14).

rápido, mientras que en las zonas rurales de Chile, Argentina o Ecuador, la pobreza seguía aumentando ya que el patrón de distribución de la propiedad no se modificó por una reforma agraria tardía y/o ineficaz.

Ya con el proceso de liberalización a partir de los años ochenta, los precios en la agricultura se situaron en la mitad frente a lo que habían representado en los años sesenta y la competitividad de los recursos cambió en el momento en que se incorporaron empresas extranjeras al sector y se buscaron nuevos productos alternativos de exportación.

Sin embargo, y retomando las consecuencias del desarrollo dispar en los distintos países de América Latina, se suele afirmar que la pobreza rural es menos sensible que la urbana a las variaciones de la actividad económica. Los datos respecto a la década de los años ochenta y noventa confirman este hecho, sin embargo debemos destacar que la diferencia se encuentra entre la población pobre no indigente y la población pobre indigente, siendo este último grupo el más perjudicado por los factores estructurales de cambio. (García, 2006: 23)

He aquí donde vemos necesaria la intervención pública en el sector agropecuario, así como una reforma del aparato institucional. En primer lugar, existen aproximadamente tres millones de patronos y catorce millones de trabajadores por cuenta propia, en las áreas rurales de América Latina; y más de la mitad de esos catorce millones de personas son pobres. La susceptibilidad de las condiciones climáticas también es un elemento a considerar como factor de riesgo para las actividades agropecuarias, ya que el capital de trabajo se pierde de manera absoluta si se interrumpe el proceso productivo. Además, existe un problema asociado a la *información imperfecta* que proviene de intermediarios y agronegocios y que provoca dependencia de los pequeños productores; este tipo de información conduce a errores en cuanto a variedades y cantidades que perjudican gravemente a los campesinos. La tecnología agropecuaria también produce un inconveniente de exclusividad para las variedades de especies junto con la alta concentración de las cadenas de comercialización y la dispersión geográfica. (García, 2006: 33 y 34)

2.3.2. El problema de acceso a la tierra.

A pesar de los índices de pobreza y las consecuencias de las políticas estructurales neoliberales de finales del siglo XX, existe una gran contradicción respecto a la situación del campesinado en América Latina: los productores campesinos son poseedores de un fuerte potencial organizativo. Esta capacidad era considerada (sobre todo por muchas ONGs) como el impulso a un modo de vida sostenible de los campesinos que se iría configurando a lo largo del siglo XXI. (Martínez, 2008: 111)

Esta predicción no se ha cumplido a día de hoy debido a que, a parte de la capacidad empresarial y de organización democrática, se necesitan otros elementos para mejorar la situación del campesinado. La primera necesidad es disponer de los recursos necesarios que impulsen a la economía campesina; en segundo lugar, y como ya hemos mencionado, se necesita una política macro-económica que favorezca a la producción campesina; además se requiere que los apoyos externos sean sostenibles y perdurables y que no generen deuda ni transformaciones que provoquen retrocesos en el área rural. (Martínez, 2008: 111)

Los campesinos individuales no tienen control sobre la distribución de la tierra, el agua y el crédito, ni sobre las políticas macro-económicas y tienen poco control sobre el acceso a los mercados. No obstante, sí tienen control sobre la organización y el apoyo de agentes externos. Pero, si el acceso a recursos y mercados productivos y a un contexto de políticas macro-económicas de apoyo no forma parte del marco de las políticas agrarias, la organización campesina y el apoyo externo tienen pocas posibilidades de generar mucho impacto. (Martínez, 2008: 111)

La reforma agraria que diera acceso a la tierra productiva a los campesinos se sustituyó durante los años noventa por el énfasis en mercados de tierras rurales. La lógica del Banco Mundial era la siguiente:

[...] si los pequeños productores eran más eficientes que los grandes con respecto al volumen de producción por hectárea, debían ser capaces de obtener más tierra a través de los mercados. (Martínez, 2008: 112)

Sin embargo, el Banco Mundial no tiene en cuenta que la tierra en los Andes no sólo significa una fuente de riqueza, sino que tiene que ver con estructuras sociales, culturales y de poder político y además tampoco considera que la economía a pequeña

escala de algunos campesinos no puede competir con otros actores que tratan de comprar tierra.

Las soluciones que los mercados de tierra pueden plantear para aliviar la concentración de tierra, por lo tanto, existen solamente en la imaginación de los economistas neoliberales. (Martínez, 2008: 112)

La legislación agraria que se introdujo en el Ecuador durante los años noventa, concretamente la Ley de Desarrollo Agropecuario de 1994, desestabilizó profundamente a las comunidades indígenas debido a que, esta ley, eliminó los artículos que dificultaban e impedían la división y la venta de las tierras comunitarias. Por ello, muchos campesinos (con la ayuda de las ONGs) comenzaron a solicitar los títulos de las tierras, incluso las del piso alto del páramo. Esto trajo graves consecuencias: por un lado, las propiedades que entran en el mercado son muy pequeñas, las propiedades que antes eran de control y aprovechamiento colectivo pasan a manos privadas, y además, las tierras del páramo, que son ecológicamente sensibles, se dividieron y vendieron para producción agrícola. (Martínez, 2008: 112)

La disminución del papel del Estado también produjo una amenaza para los recursos hidráulicos. Las comunidades indígenas siempre se habían beneficiado de la cercanía a las fuentes naturales del agua, pero rápidamente las empresas comenzaron a gestionar y a especular con este recurso por lo que el precio del acceso al agua y las amenazas medioambientales aumentaron significativamente. (Martínez, 2008: 113)

Sin los insumos tecnológicos los campesinos apenas podrán enfrentar los desafíos de mayor productividad y competencia que exige el mercado, sin embargo, la capacidad de que los campesinos adopten estas nuevas tecnologías y se adapten a un nuevo modelo productivo es muy débil y tiende a cambiar muy lentamente.

Sin estos nuevos insumos tecnológicos, es muy difícil para los pequeños productores campesinos llegar a integrarse en el mercado, sin períodos extensos de migración, los cuales tienen un impacto altamente “desestructurante” sobre las familias y la comunidad. (Martínez, 2008: 114)

En alguna ocasión se ha planteado que, la falta de recursos productivos es el motivo de la migración temporal, sin embargo, un nuevo enfoque sobre migración

plantea que es una estrategia para la “recampesinización”, es decir, es una medida de ahorro para comprar tierra agrícola. No obstante, la escasez de tierras disponibles y el impedimento para cualquier estrategia colectiva de compra, dificultan este proceso de “recampesinización”. (Martínez, 2008: 115)

2.3.3 Organización campesina e indígena.

El tema central en los debates sobre estudios agrícolas y viabilidad de la economía campesina, generalmente ha sido la potencialidad de la organización campesina para la supervivencia dentro del mundo global. Los levantamientos indígenas masivos en América Latina en los años noventa impulsaron, en el Ecuador, un fuerte crecimiento de las organizaciones campesinas de segundo grado (federaciones de organizaciones comunitarias); por ello, no se puede decir tan fácilmente que la década de los ochenta fuera una “década perdida” para los sectores rurales.¹¹ Sin embargo, el entusiasmo por las organizaciones indígenas y el movimiento campesino desapareció al comprobar la baja capacidad empresarial de las organizaciones campesinas, debida, entre otras cosas, a los bajos recursos productivos con los que estas organizaciones cuentan.

En primer lugar, existen dos tipos de organización campesina en el Ecuador, por un lado, las organizaciones tradicionales (cabildos o federaciones de campesinos) que fueron creadas para responder a marcos legales por parte del Estado y, por otro, las nuevas organizaciones que surgen impulsadas por programas externos de ayuda al desarrollo. Las primeras formas de organización se encuentran en crisis actualmente, ya que sólo surgieron en papel y las iniciativas que se llevaron a cabo por parte de los campesinos como “organizados” fueron pocas o nulas. Sin embargo, el segundo tipo de corporaciones campesinas florecieron como respuesta a programas de ajuste para la promoción del desarrollo rural por parte de las ONGs.

Las organizaciones campesinas florecieron durante la década de los ochenta, en respuesta directa a nuevas fuentes de financiamiento y proyectos de desarrollo, encaminados específicamente a comunidades indígenas. (Martínez, 2008: 116)

¹¹ Este argumento fue muy reforzado por las agencias donantes y las ONGs, y también tuvo un papel muy significativo la importancia del capital social a nivel internacional. (Martínez, 2008: 115)

Posteriormente, muchas de estas organizaciones dejaron de funcionar y de ser activas en el momento en que las iniciativas externas disminuyeron. Además, el carácter organizativo de las federaciones campesinas, no existía si no era de manera impuesta bajo el modelo de microempresa que proponían las agencias donantes.

Por ejemplo, sólo diecisiete de las setenta y una organizaciones campesinas de segundo nivel examinadas en 1996 contaban con una capacidad real de formular o llevar a cabo proyectos de desarrollo. Asimismo, de estas diecisiete, solo tres podrían considerarse eficientes y con estrategias de desarrollo claramente orientadas al futuro. En contraposición a esto, la vasta mayoría de organizaciones campesinas de los Andes ecuatorianos tenían poca cohesión interna y poca capacidad de negociación con instituciones y actores externos. (Martínez, 2008: 117)

Es evidente que la forma organizativa de las comunidades ha cambiado y esto merece nuevas investigaciones desde nuevas perspectivas de análisis: hasta el momento, la mayoría de los estudios analizados han sido planteados desde la perspectiva teórica de la cooperación para las relaciones sociales en el mundo andino. La atención de los análisis ha sido puesta en el capital social (ni siquiera en sus formas), pero, además y de manera complementaria, se necesita un diagnóstico de las prácticas y experiencias acumuladas por las comunidades, no sólo desde una perspectiva económica, que también es necesaria, sino además, desde una perspectiva de la organización política y de las relaciones de poder y dominación que se han dado de manera histórica en las comunidades.

Podría decirse que, de alguna manera, se abandonó el trabajo de reactivación y ayuda a las organizaciones campesinas tradicionales (que hubiera sido posible, por ejemplo, apoyando sus iniciativas de negocios que se estaban gestando). Esta ayuda significaba, en muchas ocasiones, entender las estructuras internas de las organizaciones y reconocer la dura realidad de que, en muchos de los casos, la administración de estas organizaciones no era en absoluto democrática. Además, la idea del modelo de desarrollo rural basado en las organizaciones campesinas e indígenas no contemplaba que había vacíos dejados por el Estado que, de ninguna manera, podían cubrir las ONGs. (Larrea y Sánchez, 2002)

La incidencia de las ONGs sobre las comunidades indígenas de los Andes y del Ecuador no es un fenómeno novedoso; han estado presentes desde los años sesenta y, a día de hoy, no se puede decir que hayan dado resultados sostenibles a los problemas que afrontan los moradores de la Sierra, concretamente a los problemas de pobreza que presenta el campesinado rural. El problema más evidente, es que las ONGs no han llevado a cabo verdaderas evaluaciones de su supuesta eficiencia para el desarrollo rural; más bien, adaptaron sus oportunidades al financiamiento de las agencias internacionales, sin aprender de sus propias experiencias y los modelos comunitarios y locales que no evaluados fueron replicados una y otra vez. (Martínez, 2008: 118)

De manera paradójica, y a pesar de todas estas evidencias, las ONGs han tenido un papel fundamental en el desarrollo rural de las últimas décadas:

[...] pese a sus amplios fracasos, a las ONGs se les ha asignado un lugar prominente en la nueva “fórmula mágica” del desarrollo rural que combina las organizaciones sociales con el mercado y la libre competencia. (Martínez, 2008: 118)

Ante la insostenibilidad de la producción campesina dentro del nuevo modelo de mercado, los pequeños productores no podían “pagar” los servicios de las ONGs. Ante esta situación se promovieron formas de vida campesina basadas en la agricultura orgánica, como una alternativa a la tecnologización que promovía la “revolución verde”.

Las ONGs eran generalmente consideradas como las principales instituciones capaces de motivar a los campesinos a adoptar esta línea de acción, centrándose en las propuestas agroecológicas, la organización y los mercados especializados. (Martínez, 2008: 118)

La realidad es que estas alternativas sólo eran posibles para una minoría de campesinos que tuvieran acceso a tierra y a otros recursos productivos, pero, las estrategias de conservación y manejo sostenible de los recursos que proponían estas alternativas impedían que una mayoría de campesinos pobres pudieran mejorar su forma de vida. (Martínez, 2008: 118)

Capítulo III

Las relaciones simbólicas

Según Bourdieu, la teoría dominante sobre el orden económico justifica la reducción del costo de la mano de obra, la flexibilización del mercado y la minimización del gasto público en una racionalidad individual que no tiene en cuenta las condiciones sociales y económicas que entran en juego dentro del ejercicio de la economía. El peligro de esto es que el discurso neoliberalista en economía es fácilmente transformable en una “verdad” que puede demostrarse a través de la empiria ya que se trata de un discurso que tiene mucha fuerza simbólica para controlar las relaciones a través de las que se reproduce. (Bourdieu, 2002: 10)

Las medidas transformadoras de la acción política que tienden a proteger a las empresas privadas de los Estados nacionales provocan que los individuos pierdan de manera progresiva el control sobre las prácticas de consumo e incentivan un desfase cada vez mayor entre las economías y las realidades sociales debido a la implementación de una “teoría lógica” que es el fruto de la confusión de una “lógica de las cosas” con “las cosas de la lógica”. Esta teoría lógica abre paso al “reino de la flexibilidad” que, según Bourdieu, se basa en técnicas de dominación racional para destruir poco a poco las solidaridades colectivas. (Bourdieu, 2002)

La inseguridad de la precariedad, la amenaza del despido y el desempleo que se desprenden de este orden económico que dice llamarse “libre”, suponen una fuerte violencia estructural que, apoyada en el “darwinismo moral” del que nos habla Bourdieu, es decir, la supervivencia del más fuerte, destruye todas las instancias colectivas capaces de contrarrestar este sistema. Es paradójico, sin embargo, que esas mismas instancias colectivas, que tienden a desaparecer, sean las que hacen que el orden social no se destruya dentro de este caos:

¿Cabe esperar que el volumen extraordinario de sufrimiento que produce semejante régimen político-económico llegue un día a ser el origen de un movimiento capaz de parar la carrera hacia el abismo? De hecho, nos encontramos aquí ante una extraordinaria paradoja: en tanto que los obstáculos encontrados reiteradamente en el camino de la realización del otro orden - el del individuo solo, pero libre - se consideran hoy imputables a rigideces y a arcaísmos, y mientras que cualquier intervención directa y consciente, al menos cuando viene del Estado, es desacreditada de antemano, es decir, conminada a

desaparecer en beneficio de un mecanismo puro y anónimo, el mercado (olvidamos con frecuencia que éste es también el ámbito del ejercicio de los intereses), en realidad, la permanencia o la supervivencia de las instituciones y de los agentes del orden antiguo a punto de ser desmantelado, y todo el trabajo de todos los niveles de trabajadores sociales, y también todas las solidaridades sociales, familiares y muchas más, es lo que hace que el orden social no se hunda en el caos a pesar del volumen creciente de la población precarizada. (Bourdieu, 2002: 14 y 15)

La transformación de la sociedad rural en la sierra ecuatoriana a partir de los cambios en los modos de producción que supuso el proceso de neoliberalización es, como hemos visto en los capítulos anteriores, un fenómeno innegable. Y es en esta transformación, en su forma y modo particular, y en los alcances de ésta, en donde vemos que las teorías sobre la “violencia simbólica” de Bourdieu nos pueden ayudar a develar ciertas formas de coerción y violencia (valga la redundancia) que han estado alejadas de una gran parte de los estudios sobre la ruralidad en Ecuador y América Latina, sobre todos si estos estudios pueden tener incidencia directa en políticas públicas para este sector.

Antes de exponer y defender nuestro puntos de vista, cosa que quedará para el capítulo de conclusiones, debemos explicar, de una manera concisa y dentro de lo que nos interesa inmediatamente, lo que entiende Bourdieu por Violencia simbólica. En aras de la claridad de la exposición debemos dar un pequeño rodeo y explicar algunas nociones necesarias dentro del pensamiento del sociólogo francés que nos ayudarán a entender mejor el concepto de “violencia simbólica” y sus repercusiones.

3.1. La dimensión simbólica.

El símbolo, más allá de los estudios relacionados con la semiótica, es una representación derivada de una convención socialmente aceptada, es decir, posee un significado que le ha sido asignado socialmente y no se trata, por el contrario, de una característica intrínseca de la representación como tal. Según la tradición neokantiana, existen diferentes universos simbólicos (como pueden ser la ciencia, el arte o el lenguaje) que sirven para el conocimiento y la construcción de los objetos; Durkheim se adhiere a esta tradición rompiendo con el esquema de la existencia de unas formas

simbólicas universales y con una función puramente comunicativa y plantea que estas formas son determinadas socialmente, es decir, son relativas a un grupo específico y no existen de manera universal, se trata de formas sociales de clasificación. Ante este análisis, los planteamientos estructuralistas consideran la estructura como una derivación de cada una de estas producciones simbólicas; sin embargo, Pierre Bourdieu, en su obra *Intelectuales, política y poder*, aclara que, un sistema de símbolos no puede en ningún caso tener una función estructurante porque el sistema simbólico ya está estructurado en sí mismo. (Bourdieu, 2005)

Siguiendo la línea que precede al pensamiento de Pierre Bourdieu, fue Marx en primer lugar y posteriormente el sociólogo Max Weber, quienes mostraron las condiciones instrumentales de los sistemas simbólicos, es decir, plantearon que estas producciones simbólicas estaban relacionadas con los intereses de legitimación del orden establecido por parte de las clases dominantes, que luchan con otras clases por imponer el orden de las cosas más favorable a sus intereses. Es en esta lucha entre clases dominantes y dominadas donde reside un “poder simbólico”, y no en sistemas simbólicos interdependientes, como podría pensarse, es decir, el poder de las palabras que sostienen un orden no reside en las palabras mismas, sino en la legitimidad (o el descrédito) de quien las pronuncia.

Este poder simbólico es una fuerza que se transforma (y además tiene una función transformadora) desde otros tipos de poder; si aplicamos esto mismo al estudio del capital simbólico observamos que, para Pierre Bourdieu no puede ser otra cosa que el resultado de una transmutación constante de los diferentes tipos de capital. (Bourdieu, 2005: 65-74)

3.2. El capital simbólico.

Hablamos de capital para referirnos al resultado de un proceso de circulación de mercancías, es decir, el capital nace de la existencia del comercio dentro del mercado (de trabajo, de mercancías, etc.) y la primera forma en que se manifiesta este capital (si desplazamos temporalmente de este análisis una serie de cuestiones relacionadas con los intercambios de valor) es el dinero.

Inspirándose en los análisis marxianos, Bourdieu incorpora otras formas de capital diferentes al capital económico; estas diferentes formas de capital intercambiable funcionan bajo el mismo patrón de acumulación que el capital económico pero responden a patrones de comportamiento relacional de los agentes sociales. Es el caso, por ejemplo, del capital cultural, cuya práctica y acumulación reside en las instituciones educativas, escolares, familiares, en el arte o en la estética burguesa; o del capital social, que se refiere a las relaciones entre los agentes dentro de un mismo campo, estatus, formas de distinción, etc. Estas formas de capital, según Bourdieu son transformables en otras formas diferentes, por ejemplo, el capital cultural es fácilmente transformable en capital económico, o el capital económico a su vez, en capital simbólico.¹²

El capital simbólico, el que nos interesa en especial para nuestra exposición, es un tipo de capital que puede reportar beneficios (ya sea económicos o simbólicos, por ejemplo de carisma, hablando en términos weberianos) y que está directamente vinculado a la “práctica”, es decir, la producción, reproducción y ejercicio de este tipo de capital no se rige por una serie de normas, sino por un sentido práctico que está inscrito en el *hábitus* de los individuos.¹³

El peso que tienen para Bourdieu cada uno de estos capitales se traduce en:

[...] un sistema de preferencias que les lleva [a los individuos] a privilegiar o bien al arte en detrimento del dinero, las cosas de la cultura en detrimento de los asuntos de poder, etc., o bien a la inversa [...]. (Bourdieu, 1997: 41)

Bourdieu especifica que en las sociedades más avanzadas el volumen del capital económico y el volumen del capital cultural son los principios generadores de diferenciación, es decir, estas dos formas de capital, influyen directamente en un tercer tipo: el capital social, ya que esta diferenciación es la que clasifica a los individuos y a su posición dentro de un espacio social determinado. (Bourdieu, 1997. 41)

¹² A lo largo de su obra, Pierre Bourdieu hace referencia básicamente a cuatro formas de capital: el capital social, el capital económico, el capital cultural y el capital simbólico, siendo estas formas transformables entre sí.

¹³ El término bourdieuano de *hábitus* hace referencia a un “principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas”, estos *habitus* se diferencian y son diferenciadores, activan principios de diferenciación, generan prácticas distintas y distintivas y crean esquemas clasificatorios en la sociedad. La diferencia se traduce en signo de distinción (o de vulgaridad) al aplicársele un principio de visión y de división que es producto de la incorporación de la estructura de las diferencias objetivas. (Bourdieu, 1997: 19-21)

A su vez, este capital social (fruto de los principios generadores de la diferenciación que producen el capital económico y el capital cultural) se traduce en capital simbólico, empoderando al grupo que ha llevado a cabo un fuerte trabajo de fortalecimiento de la dimensión simbólica y por tanto, tiene una posición privilegiada. El sociólogo francés ofrece una definición de lo que entiende por capital simbólico en las siguientes líneas:

El capital simbólico es una propiedad cualquiera, fuerza física, valor guerrero, que, percibida por unos agentes sociales dotados de las categorías de percepción y de valoración que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, se vuelve simbólicamente eficiente, como una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, porque responde a unas *expectativas colectivas*, socialmente construidas, a unas creencias, ejerce una especie de acción a distancia, sin contacto físico. (Bourdieu, 1997: 172 y 173)

La corriente estructuralista francesa considera los sistemas de símbolos como sistemas de clasificación de opuestos (dominante/dominado, por ejemplo) de carácter arbitrario, ya que no reflejan las realidades de manera directa. Bourdieu rescata la correlación entre los sistemas simbólicos binarios y las distinciones sociales que se derivan de los mismos y que se convierten en una jerarquía social; por lo tanto, hemos de tomar en cuenta estos sistemas de símbolos, no por el papel representativo de determinadas realidades, sino por las consecuencias sociales que tienen; la importancia de los sistemas simbólicos consiste en convertir lo que está implícito en un elemento en estado formal objetivado.

Estos sistemas jerárquicos que se desprenden de las prácticas simbólicas son el resultado y se apoyan en la naturalización del mundo social. Las estructuras de percepción y conocimiento de la realidad nacen de la estructura misma que conforma la sociedad, por lo que un individuo, tan sólo por nacer en un determinado mundo social, acepta e incorpora de manera inconsciente e inmediata una serie de postulados (a lo que nos hemos referido con anterioridad como *habitus*) con los que creará su mapa de oportunidades y tomará decisiones. (Bourdieu, 2000)

3.3. El poder simbólico.

Estas luchas de poder que se generan del enfrentamiento entre posturas asimétricas en la distribución del capital simbólico siempre dejarán al “dominante” más empoderado gracias a la posesión de un capital simbólico transmutable en capital económico, por esto podemos decir que todas las luchas sociales se producen a nivel de “campos de poder” que se encuentran en posiciones asimétricas, es decir, todas las luchas de poder se producen a diferentes niveles dentro y fuera de los “grupos” que participan en ellas. Un campo de poder es un “espacio de juego” en el que los que poseen el capital (sea del tipo que sea) luchan de manera particular por el poder sobre otro poseedor; así ocurre en muchas ocasiones con los actores privados que se encuentran en un proceso de lucha con el Estado para obtener mayor poder sobre él. (Bourdieu, 1997: 100)

Para explicar esta idea de qué significa poder simbólico debemos partir por entender cómo está organizado el espacio social en función de los diferentes tipos de capital: según el sociólogo francés, el espacio social se organiza según tres dimensiones; en primer lugar según la distribución de los agentes en función del capital que poseen (capital de todas las especies); en segundo lugar cada agente se sitúa en el orden social en función del peso que tenga cada uno de sus capitales dentro de su patrimonio, y el tercer nivel se refiere a cómo ha evolucionado la estructura y el volumen de su capital. (Bourdieu, 1997: 28)

Estas tres dimensiones a las que hacemos referencia son las dimensiones de las que se deriva la jerarquización de los actores dentro del espacio social, es debido a esta lucha entre “campos de poder” que no podemos negar la existencia de clases sociales (ya que estaríamos negando la existencia de las diferencias). Sin embargo, para Bourdieu, las clases sociales no existen como tal (en el sentido marxista del planteamiento), existen como elementos relacionales dentro de un espacio social. Estos elementos relacionales (que son clases, campos de lucha) van a estar en una reyerta continua para hacerse con elementos de poder.

Dentro de estos campos de poder y de los elementos relacionales de lucha van a jugar partido una serie de aspectos o factores que configuran las delimitaciones y las fronteras entre los campos. Es muy importante tener en cuenta esta idea a la hora de hablar de “clases” que manejan cierto volumen de capital (de cualquier tipo) ya que una de las principales tesis de Bourdieu es la negación de relaciones de causalidad simple y

lineal; para el autor, la causalidad estructural es fruto de un complejo sistema de comunicaciones.

El estudio de las clases sociales ha sido históricamente construido a partir de dos enfoques: por un lado mediante bases de datos y análisis estadísticos, que tienen como meta mostrar las correspondencias de fuerza entre grupos, y por otro, por perspectivas que tienen más en cuenta los signos representados por los sujetos como reflejo de la interiorización de determinadas realidades. El primero de estos enfoques, a menudo se basa sólo en la medición de la desigual distribución del capital económico, olvidando la importancia de la conciencia de clase en este tipo de relaciones; el segundo, no ve que la construcción de clases no responde a una mera articulación de lo material con lo simbólico que tiene como resultado prácticas de consumo y estilos de vida; más allá de eso, debemos detenernos en la tarea de producción y reproducción de las relaciones de dominación, que es el punto central de nuestro análisis.

Este trabajo de reproducción de las relaciones de dominación está dentro de un proceso de lucha por formar parte de determinadas clasificaciones sociales, por ejemplo, por pertenecer a un rango o a una clase o por tener la capacidad y legitimidad de emitir órdenes sobre otros; estas distinciones o clasificaciones son expresiones de capital simbólico, es decir, son diferencias de hecho, transfiguradas en diferencias de sentido que a su vez se derivan de clasificaciones y construcciones incorporadas (*habitus*). En concordancia con lo que plantea Gustavo Téllez, debemos hacer una doble lectura de cualquier realidad que estudiemos; por un lado se debe observar la realidad empírica y por el otro la realidad representada y de esta forma seremos capaces de entender que existen tantas culturas así como formas de clasificación, distinción o jerarquización social, y existen luchas simbólicas entre estas formas para legitimarse como dominantes unas por encima de otras. (Téllez, 2002: 82-84)

3.4. La violencia simbólica.

Las formas de dominación y de legitimación de las clasificaciones sociales no son un fenómeno estático, sino que son dinámicas, es decir, se transforman. Esta transformación se debe al poder que ejerce una “violencia simbólica” que está presente en las luchas simbólicas. Esta violencia simbólica se traduce en una serie de relaciones

de fuerza que tienen la capacidad de imponer clasificaciones sociales (mediante un trabajo de legitimación).

Para comprender el efecto que tiene la violencia simbólica en determinadas situaciones o campos sociales no debemos olvidar que la violencia es una acción que se deriva de un proceso de dominación; en palabras de Bourdieu:

La dominación no es mero efecto directo de la acción ejercida por un conjunto de agentes («la clase dominante») investidos de poderes de coacción sino el efecto indirecto de un conjunto complejo de acciones que se engendran en la red de las coacciones cruzadas a las que cada uno de los dominantes, dominado de este modo por la estructura del campo a través del cual se ejerce la dominación, está sometido por parte de todos los demás. (Bourdieu, 1997: 51)

Para comprender la causalidad estructural, como fruto de un complejo sistema de comunicaciones, debemos recordar que las relaciones lingüísticas no se agotan en el lenguaje mismo, sino que de un proceso de comunicación cualquiera se deriva una forma de información y de formación, siendo la autoridad del emisor la que condiciona la recepción; vemos que en este proceso existen, por tanto, relaciones de fuerza, es decir, formas de violencia simbólica. En este sentido existe para Bourdieu un mercado de bienes lingüísticos (dentro del mercado de la cultura), que es comparable al mercado económico. (Bourdieu, 1995: 213-261)

Las luchas de poder y la competencia por el mercado de lo simbólico, produce un “efecto censura” que es inherente a todo acto de imposición simbólica, a este efecto es a lo que Bourdieu llama violencia simbólica. (Télez, 2002: 214) Es cierto que esta forma de presión no puede darse sin la complicidad de los que la padecen, sin embargo cabe aclarar que ello no significa que esta complicidad sea voluntaria, sino que es efecto incorporado (*habitus*) de la misma dominación. Las sumisiones que genera la violencia simbólica no suelen percibirse de ninguna manera como “actos de violencia” ya que son ejercicios de dominación que se esconden tras una serie de expectativas sociales inculcadas debido a las cuales la dominación puede percibirse, por ejemplo, como un acto de carisma dentro de una relación de afecto. La raíz de la violencia simbólica para Bourdieu reside en que los dominados se piensan a sí mismos con las mismas categorías de los dominantes; desde que los individuos se incorporan a la vida en sociedad se les

ha dominado mediante un proceso basado en la “razón”, razón que siempre ha estado en manos arbitrarias de un campo, de una clase, o de un grupo social cualquiera y es este modelo de razón el que pasa a ser compartido por dominantes y dominados. Así es como la dominación se da por “el simple orden de las cosas”; Bourdieu define este proceso como:

[...] alquimia social por la que una jerarquía social se disimula, tanto a aquellos que gratifica como a aquellos que excluye, y se vuelve una escala de la excelencia humana, por la que un orden social históricamente arbitrario y arraigado en la materialidad del poder económico y político se transmuta ostentando todas las apariencias exteriores de una aristocracia de la inteligencia. (Wacquant, 2007: 151-164)

La violencia simbólica no se manifiesta solamente en autoridad y burocracia, sino que se graba en la manera compartida de sentir, de pensar y de juzgar tanto de hombres como de mujeres. Un ejemplo claro de ejercicio de la violencia simbólica es el que nos ofrece el Estado, que, según Bourdieu es el “banco central de crédito simbólico”; el Estado pesa sobre nosotros a la hora de percibir y construir el mundo social debido a que ha sido desde ese lugar desde donde hemos recibido las categorías para pensar durante nuestro proceso educativo; este mapa de categorías y representaciones nos ha sido impuesto de manera furtiva y no debido a un consentimiento general. (Wacquant, 2007: 162)

Sin embargo existen relaciones de poder mucho más complejas que las que muestra el Estado como evidencia de la efectividad del ejercicio de poder y es en esta complejidad donde reside, en muchas ocasiones, la peligrosidad de la violencia simbólica. Ante este hecho es necesario comprender muy bien la estructura completa de las relaciones de fuerza, ya que existe un fuerte contenido ininteligible en muchos procesos de comunicación. Bourdieu ejemplifica este tipo de expresiones con una situación de comunicación entre colonos e indígenas: en los primeros procesos de interacción entre ambos, los colonos trataban de adoptar la misma lengua que los pueblos indígenas a los que querían dominar; esto no significaba en ningún caso un afán por mantener una situación de igualdad, sino que se trata de una “estrategia de condescendencia”: los colonos abdicaban de manera temporal su posición dominante para colocarse al nivel de su interlocutor y el dominante continúa aprovechándose de su

situación de dominio que existe aunque sea negada; de esta manera y mediante este proceso de ocultación, se propicia el reconocimiento de la relación de poder implicada en la abdicación. (Bourdieu y Wacquant, 1995: 103)

Las relaciones existentes que estructuran los procesos de comunicación son las que dan origen y legitimidad a los discursos y a las personas que los pronuncian porque el poder simbólico (el poder de actuar sobre las representaciones del mundo, y por ende, sobre el mundo), no radica únicamente en los “sistemas simbólicos”, el lenguaje (o las prácticas lingüísticas) es también un *habitus*, dentro de un universo de prácticas (las políticas, las alimentarias, las deportivas, etc.), es una dimensión que, tomada como tal, nos permite entender las relaciones entre grupos en la sociedad.

Sobre este aspecto, Bourdieu hace una fuerte crítica al marxismo ya que, según el autor, éste pasó por alto la importancia del espacio social en su totalidad para entender aspectos o prácticas concretas, es decir, Marx olvidó de alguna manera la importancia que puede tener el ejercicio de la violencia simbólica a lo largo de un tiempo determinado; la violencia simbólica, para el sociólogo francés, es capaz de conseguir mucho más que la violencia policíaca y para ejemplificar este hecho podemos tomar su obra “El baile de los solteros”, texto en el que se compara la proporción de campesinos que liquidó Francia sin necesidad de ejercer violencia física, con la proporción de víctimas que padecieron las estrategias de la Unión Soviética para llegar al mismo fin. (Bourdieu y Wacquant, 1995: 119)

Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza. (Bourdieu y Passeron, 1972: 44)

Bourdieu hizo un gran trabajo al recuperar el aspecto simbólico en el estudio de las relaciones sociales, ya que este aspecto había sido desdeñado por la tradición crítica racionalista; tan importante ha sido esta recuperación que nos ha ayudado a entender que es en las relaciones simbólicas donde muchas veces reside el éxito de la dominación.

En definitiva, el sistema simbólico, que define a un grupo en una sociedad determinada, es arbitrario dentro de una estructura cultural ya que no puede deducirse

de ningún principio que sea universal, biológico o espiritual, ya que estos símbolos no tienen una relación directa con la “naturaleza de las cosas”; una cultura existe gracias a las condiciones sociales de las que es producto y al significado de las relaciones que la constituyen, por ello es necesario siempre tener presente la importancia de estas condiciones para entender y no generalizar las observaciones que como investigadores o “científicos sociales” podamos hacer.

Capítulo IV

Propuestas y conclusiones

Sabemos que este aspecto del pensamiento que nos ofrece Bourdieu no es el único modelo de investigación desde el que se puede abordar novedosamente el estudio de la ruralidad en la sierra ecuatoriana, pero sí sabemos que entraña la posibilidad de aplicar un análisis multidimensional ya que nos invita a pensar las formas sociales de manera relacional, y esto ya es una primera aportación importante que nos puede dar esta teoría. La relacionalidad de todo lo real que la lectura de Bourdieu nos enseña, nos ayudará en la ardua tarea de evitar el universalismo y el determinismo fácil que se comete desde la inexperiencia de los primeros trabajos de investigación en la Academia.

La incorporación de los planteamientos teóricos de Bourdieu sobre “capital simbólico” a los estudios rurales en América Latina es una rica perspectiva de estudio que añade un elemento social fundamental al análisis de los procesos de producción: las relaciones de poder. En muchas ocasiones se ha explicado la transformación rural, así como los fenómenos relacionados con la misma (como los procesos de migración, los cambios en el liderazgo de los actores sociales, la progresiva desaparición del poder del Estado o las transformaciones de orden religioso o político) únicamente desde la perspectiva economicista; la mercantilización de la producción ha sido la causa y la explicación única que se ha planteado desde muchos análisis e investigaciones, pero también el único camino de solución.

Como alivio a la situación de pobreza, por ejemplo, se plantean inversiones en educación, proyectos urbanos y oportunidades para el auto-empleo. Sin embargo, estas políticas que olvidan el análisis del trasfondo de las relaciones entre campos de poder, no tienen en cuenta que esas acciones desvinculadas de un pensamiento analítico y relacional, sólo pueden (por su carácter estructurado y estructurante) reproducir las formas de distribución del capital simbólico de las que se derivan las condiciones de desigualdad histórica. Se olvida, en muchas ocasiones, que la protección de los recursos y del medioambiente no se va a obtener únicamente con el esfuerzo y el sacrificio material y económico de los países avanzados; y este olvido, genera muy a menudo, un fuerte aumento de los intereses de algunos organismos e instituciones que, en pro de

políticas del cuidado medioambiental, por ejemplo, trabajan continuamente en transformar su capital simbólico en un aumento de su capital económico.

Lo que pretendemos, al proponer esta perspectiva, es entender de qué manera los procesos de neoliberalismo del campo en la sierra ecuatoriana han mantenido y reproducido la dominación, en este caso simbólica, que acompaña a Latinoamérica en general y a la sierra ecuatoriana en particular a lo largo de toda su historia.

Esta es la perspectiva que nos parece importante no perder de vista. A lo largo del tiempo y hasta hoy muchos autores han manejado la idea de una conservación del modelo andino de producción y de reproducción económica y social, sin embargo, no darse cuenta de que esta realidad es cambiante, significa caer en el determinismo y la irracionalidad de la idea de una sociedad que se ha mantenido pura. Nada más lejos de la realidad, los procesos sociales, el contexto histórico, las relaciones interpersonales e intercomunales, las estructuras y las opciones en la toma de decisión de las personas, modifican la realidad social; es decir, se produce una continua reflexividad que lleva a las comunidades de la sierra a adaptarse y reinventar modelos y estrategias de supervivencia.

Incorporar el capital simbólico como perspectiva de análisis supone un novedoso enfoque dentro del debate sobre la temática ya que pone de relieve mecanismos de dominación que funcionan en el “campo de poder” de la ruralidad que, si bien está ligado y condicionado por el capital económico, alcanzan un mayor grado de efectividad en la dominación dentro de la dimensión simbólica. Por esto, tampoco puede decirse que las comunidades de la sierra sólo puedan tomar el camino de “jugar” el juego del libre mercado sin más.

Exactamente lo que proponemos es que se utilice esta perspectiva para analizar la evolución de la estructura y el volumen del capital simbólico en la organización del espacio social para casos concretos de agentes concretos de la sierra ecuatoriana, y no como un análisis a partir del que generalizar y universalizar a toda la región andina. El punto importante radica en que las acciones encaminadas a mejorar la situación de los habitantes de la sierra ecuatoriana vayan de la mano de estos trabajos de análisis.

El espacio social significa para Bourdieu:

[...] una estructura de posiciones diferenciadas, definidas, en cada caso, por el lugar que ocupan en la distribución de una especie particular de capital. (Bourdieu, 1997:28)

Y es en este espacio social donde el capital simbólico representa la forma más sutil de dominación en las sociedades contemporáneas. A lo largo de la historia, la dominación ha sido ejercida por diferentes actores y desde diferentes estructuras. Los procesos de colonización que sufrió América Latina son un ejemplo de dominación en el que, el capital cultural se transformaba sistemáticamente en capital simbólico: la Iglesia, por ejemplo, poseía, por aquel entonces, un gran capital simbólico como agente educador y civilizador. Posteriormente fue el capital social el que producía más capital simbólico: la esclavitud y el huasipungo, por ejemplo eran el resultado de una dominación nada sutil. Sin embargo, hoy no se necesitan esclavos, sino que, desde lo políticamente correcto, se necesita gente que se integre dentro del sistema dominante de la economía y el orden neoliberal.

Pero lo central no puede ser analizar las formas de dominación simbólica que se dan hoy en la organización del espacio social comunitario en general, sino que hay que tomar un agente/grupo particular como si fuera para nosotros un “jugador principal” en el juego que representa el “campo de poder” específico del estudio de caso concreto que queramos tomar. Recordemos que un “campo de poder” es el lugar donde, para Bourdieu, se generan luchas de poder entre los “jugadores” que tienen una relación asimétrica en la distribución del capital. Decimos “jugador principal”, porque ese caso particular (un grupo, una comunidad particular, una organización, etc.) será el centro de atención en la investigación y el campo de poder lo definimos por la posición o mediación del grupo en las dinámicas de dominación que se dan tras el proceso de globalización y neoliberalización del campo ecuatoriano.

Es interesante recordar que, por una parte, el Ecuador funciona y se reproduce en el modelo de un Estado moderno (aún apareciendo como un Estado plurinacional en la actual constitución política), donde el capital económico se retraduce en formas de dominación simbólica sutiles que son características de una sociedad occidental diferenciada. Sin embargo, existe una gran población del país para la que las condiciones del “Estado Moderno” propuestas para esta dominación no son tan claras debido a una “distancia cultural” que hace en cada caso la diferencia. Ante esta realidad es importante preguntarse de qué manera y cómo se representa la dominación simbólica en las sociedades rurales de la Sierra ecuatoriana y en el caso específico en general.

Lo que debiera guiar este tipo de investigaciones, si nos atenemos más estrictamente al pensamiento de Bourdieu es analizar las transformaciones (es decir, la evolución de la estructura y el volumen) del capital simbólico para el/los casos de estudio que escojamos, para entender de qué manera estas transformaciones han mantenido y reproducido la dominación simbólica a partir de los procesos de neoliberalismo del campo en la sierra ecuatoriana.

Para poder explicar la evolución de la estructura y el volumen del capital simbólico en estas transformaciones hay que tomar como base la organización del espacio social según Bourdieu. Para el autor, el espacio social se organiza dentro de dos dimensiones paralelas a la de la evolución de la estructura y el volumen del capital (simbólico en este caso): una dimensión en la que los agentes se distribuyen en función del capital que poseen y otra dimensión en la que se distribuyen según el peso que tienen los capitales dentro de su patrimonio.

Según Bourdieu, la primera dimensión responde al volumen de capital (de cualquier tipo) que los agentes poseen. Sin embargo, por tratarse de un estudio acerca del capital simbólico, hemos tomado como primera dimensión, la distribución de los agentes (que no son agentes individuales, sino grupos) en función del capital simbólico que poseen y manejan en el “campo de poder” que surge en la dinámica del grupo de mujeres. La segunda dimensión que, para Bourdieu significa el peso de los capitales dentro del patrimonio del sujeto, será para nosotros la importancia del peso que tiene el capital simbólico dentro del patrimonio del grupo o caso particular en su relación de dominación con los agentes más destacados que participan del campo de poder.

Cada uno de los agentes que intervienen en los “campos de poder” maneja una serie de elementos simbólicos que se correlacionan con los elementos simbólicos del resto de los grupos. Estas representaciones simbólicas de los agentes son meras representaciones de realidades, que son importantes de analizar debido al trabajo objetivante que ejercen sobre el orden social. Estos sistemas de símbolos generados por prácticas simbólicas, crean distinción y la convierten en una jerarquía social. Estas prácticas distintivas son las que imprimen una serie de postulados en el *hábitus* de los actores, a través del cual, ellos crearán su mapa de oportunidades y tomarán así las decisiones respecto a su vida familiar y laboral.

El estudio de las prácticas simbólicas dentro de los análisis sobre la ruralidad y la organización campesina nos puede llevar a comprender, entre otras cosas, por qué las personas toman la decisión de migrar, de incorporarse a actividades productivas no agropecuarias o, también pueden explicar el origen de las estrategias que las personas incorporan a su vida diaria en el momento en el que deciden quedarse y subsistir a base del trabajo de las pequeñas tierras que poseen.

Existe un constante juego de poder entre los agentes sociales que configuran la organización del espacio social; este juego de poder o lucha de poder entre campos sociales deja siempre, según Bourdieu, un dominante empoderado gracias a que posee un fuerte capital simbólico que es transformable en capital económico y viceversa. Este dominante empoderado sólo existirá de manera relacional al existir un dominado que no percibe la dominación como un acto de violencia, sino que se piensa a sí mismo con las mismas categorías del dominante, por eso acepta “el simple orden de las cosas” que funciona como principio universal de la razón.

Por ejemplo, esta perspectiva nos ayudaría a entender una serie de aspectos relacionados con la organización indígena. Como puede observarse en primera instancia desde la presentación que hemos hecho, las formas de organización contemporánea en las comunidades de la Sierra ecuatoriana responden principalmente a una representación simbólica que se deriva de una convención socialmente aceptada. El significado que se le ha dado a este tipo de organizaciones no es una característica intrínseca de la población indígena de las comunidades, sino que responde a una serie de requerimientos que han sido impuestos por agentes externos: por una parte, debido a la ineficiencia del Estado en proveer a las personas de una serie de recursos básicos, y por otro lado, debido a la incidencia que han tenido las ONGs, las fundaciones y las agencias de cooperación. Vemos en este ejemplo cómo hay una transferencia de capital simbólico de un agente a otro (del estado al las ONGs), transferencia que se verifica en lo objetivo de la creaciones de nuevos tipos de organizaciones (donde se vería claramente lo que Bourdieu llama la “acción a distancia” como de una “varita mágica”.) Creemos que estos dos agentes no debieran estar ausentes a la hora de hacer un análisis de dominación simbólica para cualquier caso dentro de la Sierra ecuatoriana, por el papel que han tenido dentro de las transformaciones neoliberales que hemos revisado a lo largo del trabajo.

Finalmente, creemos que la metodología adecuada para las investigaciones que se decanten por esta perspectiva sería la de la tradición de investigación micro social.

Las técnicas de investigación microsocial estudian el sentido de la acción, de manera que “indagan en los mecanismos microsociales que conectan la acción individual y colectiva con los sistemas de relaciones sociales” (Jelin, Llovet y Ramos, 1986: 109-126). Este hecho supone considerar no sólo las estructuras sociales, el peso que estas tienen sobre los individuos y la influencia que estas estructuras poseen sobre sus acciones; además implica estudiar y considerar los procesos de decisión y el comportamiento de los individuos. Existen condiciones objetivas que influyen directamente sobre la conducta de los individuos (como “estructuras locales de opción”), pero al mismo tiempo no debe olvidarse la indeterminación de la conducta individual por la que cada persona toma unas y no otras decisiones de acción.

Tener en cuenta las identidades, las relaciones sociales, los cursos de acción de los individuos y en definitiva, interpretar los sentidos de los comportamientos sin clasificarlos en categorías cerradas es lo que propone esta forma investigativa. Esta metodología de carácter cualitativo, se diferencia de la investigación macrosocial porque toma como partida los estudios de caso, es decir, el análisis de los agentes dentro de una estructura social y se diferencia de los estudios cuantitativos por el tipo de datos que utiliza, datos que tienen que ver con la cotidianidad del individuo.

Dentro de la indagación microsocial existen muchas técnicas que nos ayudan a organizar, descifrar y convertir la información obtenida en datos precitados; sin embargo esta tradición no habla de datos numéricos, sino de información cualitativa. La microsociología, sin embargo, no desecha los datos cuantitativos en las investigaciones, datos como los obtenidos a través de encuestas y estadísticas, es, por lo tanto, una proposición de triangulación a la hora de investigar, para evitar, entre otras cosas, la hipergeneralización en la que suele caerse al tratar de sistematizar a través de la contrastación de acontecimientos y resultados obtenidos mediante la experimentación.

Esta metodología creemos que sintoniza muy bien con las propuestas de Bourdieu ya que lo principal es ver en cada caso los mecanismos sutiles de dominación, mecanismos que son más fáciles de apreciar en la cotidianeidad y el *habitus* de las relaciones de los individuos y los agentes.

Bibliografía

- *Anuario de entradas y salidas internacionales* (2003). Quito, INEC. Disponible en línea en: www.inec.gov.ec, consultado el día 22 de septiembre de 2009.
- Acosta, Alberto (2001). *Breve historia económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Bourdieu, Pierre (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- ----- (1985). “La construcción del objeto” en *El oficio del sociólogo*, 51-80. México: Siglo XXI.
- ----- (2007). *El sentido práctico*. Argentina: Siglo XXI.
- ----- (2000). *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- ----- (1995). “El mercado de los bienes simbólicos” en *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*, 213-261. Barcelona: Anagrama.
- ----- (1999). “Violencia simbólica y luchas políticas” en Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalianas*, 217 – 271, traducción de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama.
- ----- (1997) *Razones prácticas*. Barcelona. Anagrama.
- ----- (2002) “La esencia del neoliberalismo” en Bourdieu, Pierre “Seis artículos de Pierre Bourdieu”: 9-16. Santiago de Chile, Editorial Aún creemos en los sueños.
- ----- (2005) *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc J.D. (1995) “La violencia simbólica” en *Respuestas para una antropología reflexiva*, 101 – 127. Traducción de Hélène Levesque Lion, México: Grijalbo.

- Bourdieu, Pierre, y Passeron, J.C. (1972). “Fundamentos de una teoría de la violencia simbólica” en *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, 39 – 108. Barcelona: Editorial Laia.
- Bretón, Víctor (2001). *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*. Madrid: Ministerio de Agricultura, pesca y alimentación. Secretaría General Técnica.
- ----- (2003). *Estado, etnicidad y movimientos sociales en América Latina: Ecuador en crisis*. Barcelona: Icaria Editorial.
- De A. David, María Beatriz (2001). *Desarrollo rural en América Latina y el Caribe: ¿la construcción de un nuevo modelo?* Bogotá: CEPAL, Alfaomega.
- Deler, Jean-Paul; (2007) “Organización del espacio ecuatoriano contemporáneo” en *Ecuador. Del espacio al estado nacional*. 317 – 396. Quito: Universidad Simón Bolívar, Instituto Francés de Estudios Andinos y Corporación Editora Nacional.
- García, Fernando (1977) *Cambios en la economía campesina a partir de la reforma agraria: el caso de 3 comunidades campesinas en la provincia de Chimborazo*. Quito: PUCE.
- García, Francisco; (2007) “¿Un nuevo modelo rural en Ecuador? Cambios y permanencias en los espacios rurales en la era de la globalización.”, en *El mundo rural en los Andes*, 77 – 93. Quito: Íconos, n° 29.
- ----- (2006) “El sector agrario del Ecuador: incertidumbres (riesgos) ante la globalización” en *Lo global y lo local en el medio rural*. 71-78. Quito: Íconos, n° 24.
- Gómez, Sergio (2002) *La “Nueva ruralidad”: ¿Qué tan nueva?*, Santiago: LOM Ediciones.
- ----- (1992). “Dilemas de la sociología rural frente a la agricultura y el mundo rural en la América Latina de hoy”, en *Revista Latinoamericana de Sociología Rural*, n° 1, 75-87, Valdivia: Universidad, Austral de Chile.

- Instituto Nacional de Capacitación Campesina. Disponible en línea en: www.incca.gov.ec.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. Disponible en línea en: www.inec.gov.ec.
- Jelin, Elizabet; Llovet, Juan J.; Ramos, Silvina; (1986). “Un estilo de trabajo: la investigación microsocia”, en Corona, Rodolfo (et. al.): 109-126. *Problemas metodológicos en la investigación sociodemográfica*. México, Pispal/El Colegio de México.
- Kay, Cristóbal (2007) “Algunas reflexiones de estudios rurales” en “*El mundo rural en los Andes*” Quito: Íconos. FLACSO - Sede Ecuador, n° 29.
- Korovkin, Tanya; (2002) *Comunidades indígenas, economía de mercado y democracia en los Andes ecuatorianos*. Quito: Centro de Investigación de los Movimientos Sociales del Ecuador (CEDIME): Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA): Abya – Yala.
- ----- (2003) “Desarticulación social y tensiones latentes en las áreas florícolas de la Sierra ecuatoriana”. 143-157. Quito: Debate, n° 58.
- ----- (2007) “Estándares de trabajo e iniciativas no estatales en las industrias florícolas de Colombia y Ecuador”. 15-30. Quito, *El Mundo Rural en los Andes*. Íconos, n° 29.
- Larrea, Carlos y Sánchez, Jeannette (2002). *Pobreza, empleo y equidad en el Ecuador: perspectivas para el desarrollo humano sostenible*. Quito, PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo).
- Lefeber, Louis (2008). “Problemas del desarrollo contemporáneo. El neoliberalismo y sus consecuencias” en North, Liisa y Cameron, John. *Desarrollo rural y neoliberalismo: Ecuador desde una perspectiva comparativa*. Quito, Corporación Editora Nacional: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Martínez, Luciano (2002) *Economía política de las comunidades indígenas*. Quito. ILDIS: Abya-Yala: OXFAM: FLACSO – Sede Ecuador.

- ----- (1999). “La nueva ruralidad en el Ecuador” En, Íconos: revista de Ciencias Sociales, Quito, Ecuador: FLACSO – Sede Ecuador, n° 08.
- -----; (2005) “Migración internacional y mercado de trabajo rural en Ecuador” en Herrera, Gioconda; Carrillo, María Cristina; Torres, Alicia. *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*, 147-168. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- -----; (2008). “Respuestas endógenas de los campesinos frente al ajuste estructural. Ecuador desde una perspectiva andina comparativa” en North, Liisa y Cameron, John. *Desarrollo rural y neoliberalismo: Ecuador desde una perspectiva comparativa*. Quito, Corporación Editora Nacional: Universidad Andina Simón Bolívar: 105-127.
- Ministerio de agricultura, ganadería, acuacultura y Pesca en Tungurahua, disponible en línea en: www.mag.gov.ec.
- North, Liisa y Cameron, John. (2008). *Desarrollo rural y neoliberalismo: Ecuador desde una perspectiva comparativa*. Quito: Corporación Editora Nacional: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Pérez, Edelmira y Farah, María Adelaida Eds. (2001). *La Nueva Ruralidad en América Latina*, Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.
- Servicio de información y censo agropecuario del Ministerio de Agricultura y Ganadería. www.sica.gov.ec
- Sylva, Paola (1991). *La organización rural en el Ecuador*. Autogestión, desarrollo y movimiento social. Quito: Cepp-Abya Yala.
- Téllez, Gustavo (2002). *Pierre Bourdieu. Conceptos básicos y construcción socioeducativa. Claves para su lectura*. Colombia, Universidad Pedagógica Nacional.
- Wacquant, Loïc. (2007). “Leer *El capital* de Pierre Bourdieu” en Champagne, Pinto y Sapiro (dir.). *Pierre Bourdieu, sociólogo*: 151-164. Buenos Aires, Nueva Visión.

